

fumando cañas con tabáco; en medio de un profundo silencio se levantaba el de mayor autoridad, pronunciando un discurso conforme al objeto á que se habían reunido: el orador decía al principio con voz mesurada, dando lentamente vuelta á la plaza; á medida que la importancia del asunto crecía, la voz era más fuerte, mayor la aceleración del paso, y en el silencio de la noche llegaba á oírse en todo el pueblo. Media hora ó más duraba la peroración, y terminada tomaba asiento el orador en medio de innumerables aplausos, convidándole con la pipa: otro ocupaba la estensa tribuna, y despues otros, pasando así gran parte de la noche. Aquellas arengas llenas de figuras y desahogos, que á los pueblos civilizados parecerían groseros, tenían la fuerza bastante para conmover el corazón de los salvajes, encendiendo en su pecho el amor de la patria y la venganza contra el enemigo.

La mayor parte de estas naciones vivía á la orilla de los rios, para gozar de agua y terrenos cultivables, en pequeños pueblos ó aldeas, apartados más ó ménos segun las comodidades de la tierra. Los habitantes de las montañas y de las marismas se sustentaban de caza, raíces, frutas silvestres, y bebían de las aguas estancadas; los de la costa gozaban del pescado, sirviéndoles de pan para comer el fresco, el que preparaban seco: no era este obstáculo para que alcanzaran salud y larga vida. Los Sinaloas eran de gran estatura, mayores que los americanos y aun los europeos, muy sueltos y lijeros. "Cuando llueve, si quieren defenderse del agua, el remedio es coger una macolla ó manojo de paja larga del campo. Este atan por lo alto, y sentándose el indio lo abre y pone sobre la cabeza, de suerte que le cubra el cuerpo al rededor, y ese le sirve de capa aguadera, de techo, y casa ó tienda de campo, aunque esté lloviendo toda una noche. Esta es la defensa de la lluvia, y para la de los soles fortísimos desta tierra no la tienen mejor. Porque todo el reparo es incrustar unos ramos de árboles en la arena, y sentarse, vivir y dormir á esta sombra." El viento resisten en el cuerpo desnudo, y el abrigo contra los frios del invierno consiste en encender candeladas, entre las cuales se acuestan sobre la arena. Para caminar en las noches destempladas usan llevar en la mano un tizon, el cual aplican cerca del estómago para recibir el calor, llevando todo

el cuerpo á la inclemencia. "Este tan peregrino género de gente es mucho menor en número que las labradoras, y con tal modo de vivir están más contentos que si tuvieran los haberes y pacios del mundo." (1) Sus tradiciones están constantes en asegurar su origen de los países boreales y sus relaciones con los nahoa.

Entrando ya en Sonora, sobre la costa del mar rojo ó de Cortés, la primera nacion que encontramos al S. del Estado de la *cahita*, divídese en *yaquis* que viven orillas del rio Yaqui, Hiaqui, Yaquimi, y *mayos* que tienen sus pueblos sobre el rio Mayo.

Siguen al N. los *pimas*, cuya lengua se llama *pima*, *cora*, *nevome*: en su lengua se llaman *otama* en singular, *ohotoma* en plural. Diviéndose en *pimas altos* y *pimas bajos*; los primeros van á terminar en la frontera con los Estados-Unidos. De la misma familia son las tribus que llevan por nombres *sobaipuris*, *sobas*, *patlapiguas*, *piatos*, y los *pápagos*, *pápahotus* ó *papalotes*: otras varias se enumeran, que hoy corresponden al vecino territorio.

Los *séris*, á lo largo de la costa, están limitados al N. por los *pimas*, al O. por los *pimas bajos* y los *ópatas*, al S. por los *yaquis*. Es la más pequeña de aquellas naciones, mas tambien la más cruel, la más falaz y salvaje: ha preferido ser exterminada á reducirse á vida política. Perezosos, indolentes, se entregan con tanta pasión á la embriaguez, que las madres dan con la boca el aguardiente á los niños más pequeños. Son altos, bien formados y las mujeres no carecen de belleza. Es proverbial la ponzoña con que envenenan sus flechas, por su efecto mortífero: componen el jugo venenoso con multitud de ingredientes, añadiendo al confeccionarlo fracturas supersticiosas. Pertenecen á esta tribu los *salineros*, *tepocas*, *guaymas* y *upanguaymas*.

Los *ópatas* confinan al N. con los *pimas altos* y los *apaches*: al E. con la *Taraumara*; al S. con los *pimas bajos*, al O. con los *pimas* y los *séris*. La lengua ópata se dice tambien *ure*, *ore*, *teguima*, *sonora*. Se subdividen en *ópatas tegüis*, *ópatas tegüimas* y en *ópatas cogüimachis*: (2) Pertenecen tambien á la misma familia los *contla*, *batucus*, *sahuaripas*, *himeris* y *guasaves*; les corresponden igualmente los *endeves*, *hegnes*, *hequis*, *hebes*, *eudevas* y *ba-*

(1) Perez de Rivas, tiempos de la fé, pág. 8.

(2) Noticias estadísticas de Sonora, por D. Francisco Velasco.

tucos así como los *jovas*: ellos en su propia lengua se dicen: *dohme*. (1)

Aquellos pueblos conservaban el recuerdo de las tribus *nahoa*, y según algunos misioneros tenían por su progenitor á Motecuhzoma á quien en su lengua llamaban *tamo nota*, nuestro primer principio, esperándole aún que volviera entre ellos cual tenía ofrecido; mas esto es solo una reminiscencia de los tiempos modernos, que tal vez no entendieron bien los buenos catequistas. No reconocían dioses ni tenían ídolos, ni altares, ni culto; algunos ancianos que unían al oficio de curanderos el de doctores y mágicos, eran quienes enseñaban algunas doctrinas, con supersticiones para dominar los elementos y obligar á la naturaleza les diera cuanto habían menester. Creían en la inmortalidad del alma y en un juicio particular de las acciones en la otra vida: sacaban agüeros de los animales y de los fenómenos naturales. Según esto último no había falta de religion que nunca falta por completo, sino que las creencias se encontraban en estado incipiente.

No usaban tanto la embriaguez como otras naciones, sacando sus bebidas fermentadas del maíz, mezcal, tuna, y del sauco cuyo efecto duraba por varios días. Les eran comunes las reuniones nocturnas de las demás tribus, con sus prolongadas arengas. Practicábanse los matrimonios de una manera singular. Puestos en hilera los y las jóvenes que se habían de desposar, en presencia de toda la tribu y á una señal echaban á huir las mujeres; á cierto tiempo después, previa otra señal, partían á la carrera los hombres empezando una persecucion que terminaba cuando cada cual se había apoderado de una joven agarrándola por la tetilla izquierda, esta era su novia, bastando aquel acto para que ambos quedaran casados.

Recien nacidos los niños, con una espina les pican al rededor de los párpados, dejándoles impresos con tizne dos arcos de puntos negros, repitiendo la operacion por el rostro y cuerpo conforme van entrando en edad: los pimas tienen estas pintas como medio para realzar su hermosura. Cada niño ó niña tienen su *péri*, es decir un hombre ó mujer respectivamente de los parientes ó extraños que á ello se ofrecen; dicen al infante cuáles son

(1) Relaciones de Sonora, en los MSS. del Archivo general.

sus obligaciones, tentándole el cuerpo y tirándoles de brazos y piernas, tras lo cual el *péri* queda identificado con el niño.

Enterraban á los muertos poniéndoles en la sepultura sus vestidos, armas, una porcion de pinole y una olla de agua. Las madres por algunos días continuos, recogían en una jícara la leche de sus pechos, para ir á verter sobre el sepulcro de su hijo.

Entre los ópata principalmente, para que un mozo fuera promovido al grado de guerrero, era menester que hiciera su noviciado saliendo algunas veces contra el enemigo; portándose con valor, el capitán del pueblo procedía á darle el grado. Reunidos los guerreros, se escogía un padrino quien ponía las manos sobre los hombros del candidato; en esta forma, el capitán le dirigía una plática acerca de sus deberes, y sacando del carcax una garra seca de águila, le arañaba hasta hacer brotar sangre, desde el hombro hasta la muñeca de la mano, no siguiendo líneas rectas sino onduladas; luego sobre el pecho y después en muslos y piernas: la prueba debía sufrirse sin dar la más mínima prueba de debilidad. Incorporado á los guerreros no terminaban sus trabajos; mientras tenía el lugar ménos antiguo le tocaba velar de continuo, no se acercaba á la lumbre por más fría que fuera la noche, y si se dormía ó intentaba acercarse al fuego, le echaban agua, le denostaban y hacían que sufriera la intemperie sin murmurar.

Para salir á campaña se preparaban la noche anterior con una junta en que el capitán recordaba á todos su deber y sus proezas. Astutos y cautelosos como todos los salvajes, su principal intento era dar una sorpresa ó albazo, y logrado, en vez de perseguir al enemigo hasta destruirle, se contentaban con el despojo tomado, cortaban la cabellera á los muertos y con ellas bailaban sobre el campo de batalla. Si derrotados, volvían á su pueblo de noche y en silencio: si vencedores, salían las mujeres precedidas de una vieja y de la esposa del capitán, saludaban á los guerreros, y mientras éstos colgando las armas á las puertas de sus casas se quedaban de espectadores, ellas tomaban la cabellera, la pisaban, le echaban agua caliente y ceniza, bailando al son de las canciones que tienen compuestas al intento: á los prisioneros, cualesquiera que fuera su sexo y edad, las viejas les quemaban el cuerpo con tizones, principalmente los muslos, haciéndoles bailar é impidiéndoles el dormir hasta que caían extenua-

dos. Los ópatas acostumbraban traer la mano de uno de sus enemigos, para revolver con ella el pinole que en aquella ceremonia se ofrece á los danzantes (1).

Las tribus de California no tuvieron otra entrada que por el Norte, la forma de la península las precisaba adelantar hacia el S., de manera que las más australes al llegar al término de la tierra debían perecer como prensadas por las demas; esto aconteció con los *pericues*, quienes vinieron á perderse en S. José del Cabo. La parte media la ocuparon los *guaicuras*, subdivididos en *coras*, *conchos*, *nchitas* y *aripas*. Vivieron en la parte boreal los *cochimiés*, con sus subtribus los *edué*s y los *didué*s.

Aquellos pueblos se encontraban en un estado lamentable de atraso. Subdivididos en familias, no reconocían gobierno ni ley, pues el mando de sus jefes era precario y solo para la guerra ó la caza. No tenían casas, ni trastos de barro, ni lienzo con que vestirse; abrigábanse como las fieras debajo de los árboles ó en las grutas; los hombres iban desnudos, las mujeres medio cubiertas con hilos sacados de las hojas de la palma, ó cañutos ensartados de carrizo. Desconocían la agricultura, manteniéndose con los frutos espontáneos de la tierra, animales, inmundas sabandijas y pieles secas; sin embargo no comían carne humana, ni el tejon porque decían que se parecía al hombre. La escasez de mantenimientos les hacia adoptar algunas prácticas asquerosas: hartos de pitahayas cuando era su tiempo, recojían despues las pepitas arrojadas y no digeridas, para lavarlas con esmero, tostarlas y comerlas de nuevo. Los del N. atan á un cordel delgado un pedazo de carne y en esta forma le tragan, despues de dos ó tres minutos la extraen del estómago, tirando del cordel que ha quedado pendiente, y vuelven á masticar, tragar y sacar repetidas veces hasta que la carne se consume: algunas veces se juntan varias personas, y á la redonda va corriendo el bocado de uno en otro.

Sus armas eran el arco de cinco piés de largo, y la flecha con punta de pedernal para la guerra, de madera dura para la caza: combatían á sus enemigos de una manera desordenada, con grandes alaridos, más furia que valor; en la batalla empleaban una

(1) Véanse para las tribus de Sonora los escritos contenidos en la Tercer serie de documentos para la historia de México: México 1856.

especie de dardo y la porra. Aunque en ciertas creencias religiosas, no tenían ni ídolo ni altar, ni culto externo, no obstante lo cual tenían ideas confusas de algunas divinidades. No faltaban tampoco charlatanes que curaban las enfermedades con más empirismo que ciencia, haciéndose pasar por magos que disponían de los elementos y conocían la suerte futura de los hombres. Casábanse con una sola mujer, á excepcion de los pericúes que eran polígamos; el marido tenía absoluta autoridad sobre su esposa. No amaban tanto á sus hijos que no mataran á los que no podían mantener, y las mujeres primerizas procuraban el aborto, porque aquel niño no fuera débil y enfermizo.

Antes de aquellos pueblos bárbaros vivieron en la California gentes más adelantadas. Entre los 27° y 28° lat. se ven grutas en cuyas paredes se distinguen figuras de hombres con trages y adornos, y animales de aquella localidad y de otros que allí son desconocidos. En las cuevas y rocas lisas se distinguen pinturas de hombres, pescados, arcos, flechas, y ciertas rayas que semejan caracteres de escritura; los colores son amarillo, colorado, verde y negro. Estas pinturas se encuentran en los lugares más altos, por lo que los naturales juzgan ser obra de gigantes. En un peñon altísimo hay una serie de manos estampadas de colorado: hacia Puzmo una cantidad de trazos remedando una inscripcion. "Por más que se ha preguntado á los indios californianos, qué significan las figuras, rayas y caracteres, no se ha podido conseguir razon alguna que satisfaga. Lo más que se ha averiguado por sus noticias, es que son de sus antepasados, "y que los de hoy ignoran absolutamente la significacion." (1)

(1) Historia de la antigua ó baja California; obra póstuma del P. Francisco Javier Clavigero, de la Compañía de Jesus. Traducida del italiano por el Presbítero D. Nicolás María de San Vicente. México: 1852. Cuarta serie de documentos para la historia de México, tom. V.